

TRES ENSAYOS SOBRE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

PUBLICAMOS EN ESTE número de *Vuelta* tres ensayos sobre temas de antropología, arqueología e historia antigua de México. El primero es de Pierre Clastres, el brillante antropólogo desaparecido hace unos años en plena madurez intelectual. Los estudios de Clastres sobre los indios de América del Sur lo llevaron a una penetrante revisión de las ideas de Lévi-Strauss, su maestro, acerca del tabú del incesto y el intercambio de mujeres y bienes entre los primitivos. Clastres mostró que las sociedades primitivas no fueron sociedades de escasez —base de las lucubraciones de Sartre y tantos otros— sino comunidades de guerreros libres que no conocieron ni la acumulación de bienes ni el trabajo servil ni el Estado. El ensayo que publicamos es una crítica a ciertas aplicaciones ligeras del marxismo a la antropología. La muerte sorprendió a su autor antes de que pudiese terminarlo enteramente y de ahí su carácter un tanto fragmentario. Apareció en la revista *Libre* (No. 3, París, Payot, 1978, p.135-149) que animaban nuestros amigos Cornelius Castoriadis y Claude Lefort. Les damos las gracias.

El ensayo de Nigel Davies, enviado por su autor a *Vuelta*, es una exposición crítica de ciertas tendencias de la antropología y la historia antigua en los Estados Unidos y en otros países sajones (positivismo, marxismo, historia cuantitativa, etcétera). Son particularmente interesantes sus reflexiones sobre la "teoría hidráulica" con la que Karl A. Wittfogel se propuso explicar, mediante argumentos y pruebas que todavía me parecen impresionantes, no sólo la naturaleza histórica de las viejas civilizaciones —egipcios, sumerios, indios— sino el fenómeno moderno del totalitarismo soviético (*Oriental Despotism*, A comparative study of total power, Yale University Press, 1957). En cuanto a los estudios sobre la historia de Mesoamérica, un campo en el que Davies ha hecho notables contribuciones: tal vez es demasiado pesimista. En efecto, las investigaciones más recientes en el área de la cultura maya han restituido la historia dinástica a su dignidad tradicional. Este es el tema, precisamente, de mis reflexiones: examinar la nueva imagen del mundo maya que nos ofrecen los historiadores norteamericanos.

Un apesadumbrado descubrimiento (o más bien: triste confirmación): los mexicanos apenas si hemos contribuido en los trabajos que, durante los últimos quince años, han renovado los estudios mayas. En ningun-

na de las obras recientes sobre estos temas aparecen nombres mexicanos. Se citan, sí, los nombres de los grandes investigadores de las generaciones inmediatamente anteriores: Caso, Jiménez Moreno, Bernal, Acosta, Ruz. En el libro de Schele y Miller (*The Blood of Kings*), en la sección de agradecimientos, se menciona únicamente a dos historiadores mexicanos: Miguel León Portilla y Beatriz de la Fuente. Se menciona también a distintas instituciones y museos del extranjero pero no al Museo Nacional de Antropología de México. ¿Por qué? ¿Vivimos quizá aislados de la comunidad científica internacional? En el hermoso libro que en 1984 publicaron dos investigadores franceses, Bande y Becquelin, el prólogo (excelente) es de Ignacio Bernal, pero un recorrido rápido del texto y la bibliografía revela la misma ausencia de nombres mexicanos (*Les mayas*, Gallimard, 1984).

Hace unos veinte años Claude Lévi-Strauss, en el curso de una conversación en París, me dijo que nuestra Escuela Nacional de Antropología era una de las mejores del mundo. Oí opiniones parecidas en labios de Soustelle y de otros sabios ingleses y norteamericanos. Ninguno de ellos diría hoy lo mismo. Desde 1970 el gobierno mexicano ha gastado millones y millones de pesos en la Escuela Nacional de Antropología pero los resultados han sido pobrísimo y, en ciertos campos, nulos. Los casos de Matos, López Austin y alguno más son excepcionales. Todo el mundo sabe que la gran mayoría de los profesores y de los estudiantes malgasta su tiempo y los dineros públicos en una inútil y desenfrenada actividad ideológica y política. Las autoridades no dicen ni pío: no hay que despertar al dragón del motín y el desorden. La ideología pseudomarxista, el falso sindicalismo, la politiquería y la pasividad de las autoridades han acabado con una institución que nos enorgullecía a todos. Algunas personas que conocen mejor que nosotros los problemas de la Escuela Nacional de Antropología nos dicen que ya es demasiado tarde para iniciar una reforma: hay que cerrar esa escuela y abrir otra. Pero otra realmente *otra*: con un moderno plan de estudios, profesores competentes (los hay) y nuevos estudiantes decididos a someterse a las disciplinas de la ciencia.

O.P.